

Boris, primer ministro

Carlos LARRÍNAGA  
Historiador

Ya tenemos heredero de Theresa May, Boris Johnson. En la carrera a la sucesión que se abrió en el Partido Conservador tras la dimisión de la premier, el controvertido ex alcalde de Londres y ex responsable de Asuntos Exteriores ha logrado imponerse al último titular de dicha cartera, Jeremy Hunt. Mientras el primero gusta del exceso y el espectáculo, el segundo representa la seriedad en política, cosa que en esta liza le ha servido de poco. Es verdad que las encuestas daban a Johnson como vencedor desde el principio, aunque es posible que el particular affaire que el Reino Unido tiene con Irán a cuenta de los petroleros tampoco le haya favorecido. En el fondo, Johnson ha sabido conectar mejor con el ala más brexiter de su formación política y eso es lo que le ha hecho ganar la partida. Muy crítico con May por sus transacciones para la salida de la Unión Europea, él siempre ha defendido un abandono inmediato, siquiera a las bravas, no sé si calculando correctamente los terribles efectos de una espantada de tal calibre. Justamente, habrá que ver qué pasa de aquí a octubre. Pero, máxime, si hay elecciones generales, como quiere el Partido Laboralista, o incluso otro referéndum, como ansían amplios sectores de la sociedad británica. Esos son aspectos que están aún en el aire y sobre los que no es fácil hacer una previsión. A expensas, además, de lo que puedan decir las autoridades de Bruselas, que no son las mismas que trataron con May. La constitución de la Comisión Europea tras los comicios de mayo supone una incertidumbre añadida, si bien es muy probable que mantenga la visión de la anterior. Sólo que tendrá que vérselas con Johnson. Al menos, mientras permanezca en el cargo.

En cualquier caso, sí podemos decir alguna cosa sobre la previsible posición que va a adoptar aquél en política internacional. Lo primero y fundamental, su alineamiento con Donald Trump. En realidad, el socio preferente del magnate norteamericano desde que llegó al poder ha sido Nigel Farage, ex líder del UKIP y el gran promotor de la consulta sobre el Brexit. No olvidemos que Trump está intentando el debilitamiento de la Unión Europea desde que llegó al poder y de ahí que Farage se convirtiese en su aliado natural. Sin embargo, Boris Johnson llevaba tiempo acariciando la idea de acceder a la cabeza del gobierno británico y, desde esa responsabilidad, impulsar la entente con Trump. Un Trump que, a su vez, no se amilana a la hora de injerir en las cuestiones británicas. Su reciente viaje al Reino Unido fue un claro alarde en este sentido. Evidentemente, él no habría negociado con la UE en los términos en los que lo hizo Theresa May y así se lo hizo saber. A este respecto, Johnson tratará de reavivar esa relación especial a la que hizo mención tras la Segunda Guerra Mundial Winston Churchill. Y aquí los contextos históricos presentan alguna similitud. Reino Unido formó parte de las potencias vencedoras en 1945, pero fueron los Estados Unidos los que se hicieron con su herencia, aupándose a la cúspide del concierto de naciones. Hoy en día nos encontramos de nuevo con una Gran Bretaña debilitada a consecuencia del Brexit. Al marcharse de la UE no se queda a la intemperie, pues tiene el colchón de la Commonwealth, pero no es lo mismo. Por consiguiente, vuelve a estar necesitada de una renovada coalición con los norteamericanos. Libre de los tratados comunitarios, argumentan los devotos del Brexit, podrán llevar a cabo los pactos que les convengan y ahí debe estar Trump para avalarlos. Eso sí, ¿con qué condiciones? ¡A ver si van a pasar de la tiranía de Bruselas a la tiranía de Washington!

Sea como fuere, lo que me preocupa realmente es el papel que puede desempeñar Reino Unido a partir de este momento. Hasta ahora, buena parte de su

política exterior se desarrollaba en sintonía con la del resto de los miembros del club comunitario. Al no estar en él y echarse en manos de Estados Unidos, no me extrañaría que Trump impusiese sus reglas y en parte lo estamos viendo con el mencionado problema de los buques británicos en aguas del estrecho de Ormuz. Un problema derivado del apresamiento de un barco con crudo iraní en aguas próximas a Gibraltar a instancias de la Casa Blanca. Si todo quedase en meras escaramuzas, no habría de qué alarmarse, ¿pero si el seguidismo de Londres es tal que finalmente termina por cuestionar también el acuerdo nuclear con Irán? En la actualidad, la denuncia atañe en exclusiva a los Estados Unidos, pero pudiera darse la circunstancia de que Reino Unido se sumara a la postura de Trump, en especial, si Boris Johnson se consolidara en su puesto. Esto abriría una brecha aún mayor con el resto de firmantes (Rusia, China, Francia y Alemania) y con la propia UE, que siempre le ha mostrado su apoyo. Una deriva de esta índole podría dar al traste con el mayor legado diplomático que nos dejó Barack Obama con consecuencias muy inciertas, incluso inquietantes, para la región. Porque si lo que hace falta es rebajar la tensión, no parece que Johnson sea la persona idónea para contribuir a esta tarea. Probablemente, al revés. Sus deseos de lograr el favor de Trump pueden precipitar una crisis de dimensiones inesperadas y desconocidas. Y es que precisamente Boris no se caracteriza ni por la prudencia ni por la discreción, tan necesarias en este contencioso.

25 de julio de 2019

Publicado en *El Diario Vasco*, 27 de julio de 2019, p. 21